

ESPECTRO DE GUERRA

Mi padre, preso y torturado en 1953, andaba taciturno
y cuchicheaba mucho con mi madre
por la noche en la terraza.

A veces escuchaba la palabra guerra y la palabra Nigeria
y la palabra Biafra.

De repente el aeropuerto se hizo grande, la ciudad creció
y las calles ganaron en movimiento.

Los aviones llegaban y marchaban, marchaban y llegaban
muchos aviones.

Hombres altos y blancos, en pantalones hablaban en la plaza
una lengua extraña.

Hombres altos, pelirrojos, con pecas en la cara hablaban
en la plaza una lengua extraña.

Hombres altos y negros en pantalones andaban por la plaza
diciendo yes.

La calle del Rosário que tenía mala fama, se puso más animada.

En la escuela el bocadillo comenzó a tener *corned beef* y *milk shake*.

Nos gustaba tanto el milque chaque que comíamos
en polvo, sin batir, a escondidas.

Por la tarde, madres increíbles, madres negras, negras madres,
paseaban por la avenida a los críos. Eran pequeños
como nosotros, pero eran muy delgados aquellos críos.

Un día fui al hospital y vi esqueletos. Eran pequeños
como nosotros pero eran esqueletos. Sólo tenían codos, ojos y rodillas.

Estaban tumbados sobre las camas, muy quietecitos, atados
a cables y a pelotas de cristal.

Eran muchos y venían de noche, en los aviones.

No sé cuántos salieron del hospital ampliado
para recibir sus huesos.

No sé cuántos se acordarán todavía de São Tomé.

¿Cuántos habrán ingresado después en las fuerzas armadas?

Sé que ciertos poemas unen los versos como si los
echasen en una alpaca común.

Ciertos poemas sienten dolor de metáforas, cierran la puerta
en la cara de la rima.

Son vítreos cuerpos en flácidos cuerpos.

La sangre en la piedra, la herida tirada, la tibia
rota.

O la enjuta memoria de quien no ha sufrido, ni ha muerto —
sólo ha visto.

Y grabó la visión del demonio en el corral.